

SERMON SEXAGÉSIMO SEXTO.

De la reparacion.

Si os preguntase: Habiendo decaído el hombre por su falta, ¿le abandonará Dios á sí mismo, le retirará el gobierno de su providencia, le dejará ir á su sentido propio y al destino que quiera y pueda crearse? Creo que todos me responderíais: No, por culpable que sea el hombre, no le abandonará Dios, porque ha sido víctima en su caída de un poder superior, y porque lleva en su seno una posteridad unida sin duda á su falta; pero no obstante, no la ha cometido por un acto propio de su libre voluntad. Este sentimiento, que es el vuestro, ha sido el de Dios. Dios ha querido reparar al hombre, ha querido volverle con su vocación primera los dones y la asistencia, sin los cuales no sería esta vocación mas que un llamamiento engañoso, seguido de un esfuerzo impotente. ¿Pero cómo debía verificarse esta reparacion? ¿Bastaba que volviera á ser colocado el hombre en el Paraíso terrenal revestido de su primitiva inocencia, con riesgo de volver á comenzar la tragedia en que tan miserablemente habia perecido? ¿Podía ser la ley de reparacion la misma que la ley de creacion; ó exigía mas bien de él la sabiduría divina un nuevo orden mas fuerte que el primero, mas profundo, mas capaz de sostenerse al través de las ruínas que no dejaría de causar la libertad del hombre? Hé aquí, señores, lo que debemos saber, y el interés que en ello tenemos es grande. Porque si el mundo se ha resentido en todos tiempos de su caída, y ha tenido necesidad de conocer el remedio, cuando se ve inclinado hácia el mal tal vez mas que nunca, aspira á encontrar su salvacion. Sepamos, pues, señores, lo que es reparar un ser decaído, lo que es revivir despues de haberse separado de la vida. Y si las naciones vacilantes en los antiguos cimientos que les habia dado el cristianismo, no quieren ó no pueden recibir ya de Dios el orden y la paz, nosotros, los elegidos de la verdad, hijos de la ciencia dispersos en medio de las tinieblas, no hagamos traicion á nuestro deber, que es llevar la luz á

los mismos que la rehusan, y decir el camino á los que prefieren á él el abismo.

Ninguna dificultad habia para Dios en la creacion; porque Dios era solo para crear, era el único poder y la única voluntad. Pero luego que el hombre fué sacado de la nada con el mundo, habia ya en presencia de la soberanía divina un ser activo, libre, profundo, capaz de mezclar una obra á la obra de su criador, y que en efecto habia producido alguna cosa imposible á Dios: el mal. El mal existía; Dios no lo habia hecho, habia sido hecho á pesar suyo, y por consiguiente la sabiduría infinita se hallaba enfrente de un obstáculo en un estado nuevo. Hasta entonces todas sus operaciones habian tenido por principio y por regla la bondad; la bondad sola habia sacado á Dios de su reposo y le habia inspirado el universo. Luego, pues, que fueron el precio de su obra la ingratitud y la rebelion, se elevaba en él otro sentimiento, sentimiento eterno como su esencia, pero que no habia tenido aún aplicacion: la justicia. La justicia es la aversion al mal. Si existe una diferencia real entre el mal y el bien, es imposible que cause á Dios el mal la misma impresion que el bien. Suponiendo que fuese la misma esta impresion, es claro que Dios sería indiferente á uno y á otro; y siendo su indiferencia la verdad, porque todo lo que está en Dios es verdad, se seguiría de aquí que el mal no diferiría del bien. Ahora bien, el mal difiere del bien: el bien es la conformidad á la naturaleza divina en cuanto esta es bondad; el mal es la oposicion á esta bondad, que hace parte de la naturaleza divina. El mal ataca en Dios la bondad, y Dios no hace mas que defenderla defendiéndose contra el mal por la justicia. La justicia es el sentimiento de la bondad ultrajada, y el arma que la protege contra la maldad. Si Dios no fuese justo, no sería bueno; Dios odia el mal, porque ama el bien. Pero el mal no es solamente un acto contrario á la bondad que está en Dios y que es Dios mismo, es tambien el ser que lo comete libremente, y que se separa por él de la fuente única del bien; el mal es, pues, el malo. Dios odia, pues, al malo, porque odia el mal.

Esta doble aversion la hallamos en nosotros mismos: Hechos á imagen de Dios, no nos es extraño ninguno de los sentimientos que él experimenta; el mal nos es odioso como á él; como él, rechazamos al ser racional que se abandona al mal, y este invencible alejamiento no nace en nosotros del perjuicio que nos causan el mal y el malo; no, aun cuando no seamos afectados por ellos, nuestro

corazon se rebela contra ellos. La justicia no es un movimiento del interés que se repliegue sobre sí mismo, es un impulso de la bondad que se salva de la maldad. Por esto, Dios que no puede perder nada, pero que es soberanamente bueno, siente mas que ningun otro esta grande conmocion de la justicia.

De donde se sigue, que en la ley de reparacion no podia sacrificarse la justicia; era pues necesario que hallara en ella su lugar, un lugar brillante y digno de Dios. Era preciso que la aversion de Dios hácia el mal y su autor se manifestase en ella con rasgos indelibles, y que enseñara un temor saludable á las generaciones mas remotas que llega una hora en que se cambia la bondad por la fuerza misma de su naturaleza en otro atributo formidable. Era preciso, en una palabra, que la ley de reparacion para salvar al hombre, salvase la justicia.

Pero aun odiando Dios al culpable, á causa del mal que existe en él, no deja sin embargo de amarle bajo otro aspectó. El culpable es obra suya: Dios es quien le ha puesto en el mundo, quien le ha dotado de inteligencia, quien le ha predestinado á vivir en él eternamente, quien ha querido ser amado de él y que lo ha sido en efecto, aunque no lo haya sido mas que por un dia. El culpable es un hijo rebelde, pero es un hijo; su cuerpo, su alma son una cosa preciosa, una obra maestra de sabiduría y de gracia. Dios, viendo esta ruina, descubre en ella aún bellezas que no han perecido, un resto de grandeza perceptible y dulce á la vista de un padre, algunas virtudes tal vez de un orden inferior, y sobre todo la esperanza de volverle á conducir á él á fuerza de amor. ¿Está todo perdido porque ha pecado? ¿No se abriría su corazon si fuera buscado segunda vez? Y además, este culpable, por digno de aversion que sea, no está solo, lleva en sí una posteridad que va á perecer sin haber pecado como él. El amor grita en el corazon de Dios al mismo tiempo que la justicia, y si no es ya ese amor vírgen y primero que se da ántes del ultraje, es otro amor exaltado por la ingratitud, y que quiere ir mas allá de sí mismo para quitarse todo remordimiento de no triunfar. La ley de reparacion que debe manifestar la justicia, manifestará pues tambien el amor; lo manifestará de una manera superior á la creacion, bajo una forma nueva, indecible, que no dejará nada que esperar, porque sobrepujándose en ella el amor, consumirá en ella su ardor y su poder.

Mas para que vuelva el hombre á Dios en esta segunda prueba, para que corresponda á su amor satisfaciendo su justicia, es nece-

sario que permanezca libre y que no se realice la obra de su reparacion sin su concurrencia. Privado de tomar parte en ella, no seria mas que la víctima de su salvacion, ó por lo menos, no siéndole imputable su salvacion, seria una obra de amor y no de justicia; faltaria en ella una de esas condiciones de la ley cuyos motivos exponemos. A diferencia, pues, de la creacion en que Dios habia obrado porque estaba solo, esta vez tendrá al hombre por cooperador, y la ley de reparacion, ley de justicia y de amor, lo será tambien de libertad.

Ya lo veis, señores, la obra era grande y complicada; mientras que Dios, en el dia del nacimiento universal, no tuvo mas que poner su potestad en servicio de su bondad, y decir esta palabra tan sencilla como infalible, *fiat*. Pero ahora tenia que llevar de frente tres cosas llenas de resistencia y de contradicciones, la justicia que encierra la aversion del culpable, el amor que acerca á él, la libertad que puede hollar la justicia y despreciar el amor. Necesitaba encontrar un punto donde se reconciasen estas tres cosas, un no sé qué que las reuniese en un solo acto capaz de salvar al género humano. ¿Era posible este no sé qué? Existe? Lo conocéis? ¿Conocéis un nombre, una idea, una realidad que sea juntamente la mas alta manifestacion de la justicia que castiga, del amor que perdona, de la libertad que consiente en la justicia y adora en ella el amor? Levantad los ojos al cielo, y entre todos estos astros que le iluminan, buscad si hay uno que os revele el secreto de vuestra salvacion, que os nombre la cosa que podia hacer Dios y que debia purificarlo todo, regenerarlo todo, atraerlo á él todo. ¡Ah! yo que la sé vacilo en decíroslo, tan profunda y tan vulgar es: ¡tantas veces la habeis visto sin comprenderla! Esta cosa soberana, incomparable, la mas bella que haya hecho Dios, la redentora del mundo, que es á un tiempo mismo la espada de la justicia, la sonrisa del amor, y la eleccion de un corazon libre, inclinad la cabeza y saludadla; ¡es la muerte! He dicho la muerte, esta cosa con que habia Dios amenazado al hombre ántes de su prevaricacion, diciéndole: *No comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque en el dia en que hubieres comido, morirás de muerte* (1). Profecía sublime, que conteniendo el presentimiento de la caída, anunciaba ya la via por donde haria pasar Dios al hombre para resucitarle de su falta, y hacerle mas grande que lo habia creado.

Pero lo conozco, señores, yo debo explicaros todo lo que acabo

(1) Génesis, cap. 2, vers. 17.

de decir, para que no me acuseis de sacrificar la razon á la poesía en tan grave asunto. Estudiemos, pues, con sangre fria esta gran figura de la muerte que acaba de aparecérsenos por primera vez, y veamos si encierra todos los elementos cuya reunion era necesaria á la realizacion, al cumplimiento de nuestra salvacion por la ley de reparacion.

Esta ley exigia en primer lugar que se satisficiera á la justicia manifestando la aversion de Dios hácia el culpable: ahora bien, nada llenaba mejor que la muerte este terrible misterio. La muerte es la separacion violenta y contra naturaleza del alma y del cuerpo, una excision operada en nuestra personalidad por la ruptura de los dos elementos que la componen, y fuera de los cuales estamos en un estado incompleto, donde nos buscamos á nosotros mismos sin encontrarnos. No os figureis que la muerte liberte al alma del yugo de los sentidos, como si fuese su prisionera y estuviese rebajada por ellos; los sentidos han prevalecido contra ella por el pecado, pero esta usurpacion no ha destruido su carácter primitivo, que es formar con la inteligencia una asociacion necesaria á la plenitud recíproca de su vida y de sus funciones. La muerte rompe estas relaciones sagradas; ella aisla el alma, disolviendo el cuerpo; hace del uno un polvo insensible, y de la otra una lira que no anima ya sus cuerdas porque las ha cortado una mano bárbara. La muerte es, pues, un suplicio y el mayor de todos, pero un suplicio que corresponde á la naturaleza del pecado. Por el pecado nos separamos de Dios, que es el principio de la vida; pretendemos bastarnos á nosotros mismos, y hallar en los recursos de nuestro ser la perfeccion y la beatitud á que fuimos destinados. Si Dios, movido por esta ingratitud, obedeciese á la demencia que ella contiene, le bastaria hacer como nosotros, retirarse; y al momento nuestro aliento, agotado por la ausencia del suyo, enmudeceria en nuestras entrañas diseccadas, y nuestra vida entera, desvaneciéndose, pagaria á su justicia el precio de nuestra apostasia. Pero Dios nos ha hecho inmortales y sus dones no conocen el arrepentimiento; nos dejará pues vivir; no agotará en nuestro seno, por ingrato que sea, la llama divina de la inmortalidad; desatará solamente los resortes de nuestra existencia para castigarnos de nuestro alejamiento, y darnos en una muerte imperfecta el gusto del aniquilamiento que hemos merecido. Su justicia se señalará en las angustias de nuestra muerte, y saldrá de las sombras del sepulcro la luz que ilumine todas las posteridades del género humano sobre el crimen y la locura que hay en separarse de Dios. Ninguna criatura humana se librará en su persona de las

terribles claridades de esta revelacion; la mayor parte verán la muerte ántes de recibirla, oirán su voz, contarán sus pasos, juzgarán del pecado por el castigo, y dueños de Dios en el instante fugitivo de su poder, conocerán el límite donde se romperá el carro de su orgullo y de su temeridad. *Stipendium enim peccati mors*; — *La muerte es el salario del pecado* (1): esta expresion es de San Pablo; no deja ya á la mia mas que el silencio, y á vosotros el sobregimimiento y el respeto de un santo temor.

Pero si la muerte es la obra maestra de la justicia de Dios, no lo es menos de su amor. Al lado de esta frase de la Escritura, que dice: *La muerte es el salario del pecado*, hay otra que dice: *el amor es fuerte como la muerte* (2). El amor, en efecto, vive de adhesion, y por horrible que sea la muerte, nos inspira el valor de arrostrarla y de morir por aquello que amamos. El amor está sobre la muerte, como el cielo está sobre el océano; y Dios, imponiéndonosla como un suplicio, nos la ha dado tambien como una facultad sublime, por donde podemos recobrar la inocencia y sobrepujarla. Inmortales, no éramos capaces del bien sino en la medida de la vida; mortales, amamos, obedecemos, servimos hasta la muerte, y el sacrificio voluntario de todo nuestro ser nos crea una grandeza que solo tiene su modelo en Dios, y que un día tal vez querrá Dios apropiársela. Dios, pues, en lugar de desesperar al hombre con un castigo que no hubiese hecho mas que envilecerle, le creó este magnífico suplicio de la muerte, que abria á su corazon vias mas anchas, y que preparaba á la tierra virtudes imposibles hasta entonces. La sangre corrompida por el pecado, en lugar de correr en vergonzosos deleites, podia salir en adelante á rios en la gloria del sacrificio; y la vida, fuente de toda accion, y aun de todo bien, se hallaba vencida y destronada por la muerte, ó mas bien recibia de ella una derrota ilustre en un postrero y heróico sacrificio. Hacíase la medida del hombre, haciéndose la medida de su alma. Un sabio habia dicho á Cresos, feliz hasta entonces en el trono: « No hableis de vuestra felicidad ántes de morir. » Mejor hubiera dicho aún: No hableis de vuestra gloria ántes de morir. Pero el monarca afeminado en las delicias no lo hubiese comprendido mejor; habiendo llegado á este momento supremo de que habia hablado Solon como de la prueba decisiva, exclamó dolorosamente en la pira en donde le habia puesto el fallo de las batallas: « ¡O Solon! ¡Solon! »

(1) Epístola á los Romanos, cap. 6. vers. 23. — (2) Cántico, cap 8, vers. 6.

El desgraciado creia perder su felicidad perdiendo su vida; entregábase como esclavo, cuando, rey de un pueblo vencido, podia morir como una magnánima inmolacion del destino nacional. No sabia qué don tan grande de Dios es una gran desgracia enviada del cielo á una gran fortuna, y que no puede cerrar la Providencia mejor una carrera que quiere honrar, que haciendole una tripode inmortal de una muerte experimentada. Todo lo que es generoso, señores, todo lo que llega á la perfeccion de una memoria sin sombra, se señala allí ulterior y finalmente. ¡ Desgraciados de vosotros si no me entendeis! ¡ Desdichado el siglo que no comprende ya el don de la muerte! ¡ Desgraciados los príncipes, los hombres de estado, los escritores, los sacerdotes, las naciones que no piensan mas que en morir en su lecho, que se preparan de lejos por ruindades ocultas lo que ellos llaman una muerte tranquila! ¡ Desgraciados! ¿ qué les queda de la ciencia del bien y de la ciencia de la gloria? ¿ Qué les queda de lo que está en el alma del último soldado conservado por la suerte, y que, muriendo lejos de las trompetas y de los silencios de las batallas, se lamenta, rogando á Dios, de no haber caído en el campo del honor?

La muerte es el pozo misterioso de donde salen las grandes virtudes, y bajo esta relacion era un regalo divino hecho por el hombre á la humanidad decaida; mas, por otra parte no menos profunda, la muerte venia aún en nuestro auxilio. El pecado habia penetrado hasta las entrañas y los huesos del hombre, hasta aquel punto inexplicable donde se une el alma al cuerpo y recibe de él, como el bronce liquidado al fuego, arrojado en un molde de barro, su indestructible marca. El pecado se habia incorporado á la naturaleza humana por la fuerza de esta union, y debia transmitir su perseverante vestigio á toda carne salida de Adán. Para vencerle hasta el fondo, para extirpar su raíz en el granito viviente donde se habia encarnado, era necesario que avanzase la mano de Dios hasta los ligamentos invisibles del alma y del cuerpo, y rompiese el molde impuro donde el pecado aun absuelto haria sentir los restos de su eficacia. Era preciso que bajo esta mano omnipotente el alma arrojase su cuerpo, y no le volviera á tomar un día sino despues que hubiere perdido en las angustias de esta reparacion y en los estragos de una disolucion completa las señales y la actividad del mal. La muerte volviendo el alma á Dios y el cuerpo á la tierra, realizaba así en favor nuestro un acto soberano de liberacion, y sembraba en nosotros el germen de un renacimiento

total y sin mancha por la resurreccion. *Es necesario nacer segunda vez* (1); tal es la palabra que debia el Salvador del mundo al fariseo que vino por la noche á interrogarle: *Es necesario nacer segunda vez*; y aunque la gracia por una efusion interior debiera bastar á perdonarnos el pecado, convenia al amor no menos que á la justicia prepararnos para el alma y el cuerpo el triunfo final de este segundo nacimiento, que será la resurreccion.

Desde ahora, señores, sentimos este beneficio de liberacion que está en la muerte; porque, aunque no nos sea permitido matar el cuerpo para libertarnos, nos es permitido no obstante mortificarle, segun la enérgica expresion del Evangelio; es decir disminuir su poder corruptor, despegándole de las fuerzas vitales que no le son necesarias para subsistir. Y bajo otro punto de vista aún, la muerte es desde hoy nuestra libertadora, y desde hoy la mas preciosa guarda de nuestra conciencia y de nuestra libertad. ¿ Qué quedaba al cristiano perseguido por su fe, y apareciendo ante los señores del mundo como culpable de obedecer á Dios? La muerte. ¿ Qué quedaba á Caton contra César, á Lucrecia contra el adulterio omnipotente? La muerte. No cito á estos personajes como sin tacha: apresuraron la muerte por un crimen, en lugar de esperarla como una virtud, menos dichosos que Sócrates que recibió la cicuta de sus jueces, y les debió el morir inocente de su muerte y libre por ella. El hombre abusa de la muerte, como de todo lo demás; pero no por eso deja de ser la muerte el arma final del gusto contra la tiranía. A los que quieren obligarle al mal por un uso sacrilego del poder, opone aquello mismo que es el esfuerzo supremo del poder, y saca de ello su gloria con su salvacion. *Muramos en nuestra sencillez* (2), decian los Macabeos; y aun cuando este grito sagrado no hubiese salvado á su patria, hubiera salvado siempre su conciencia, su honor y su libertad. Porque lo que constituye la libertad es la virtud permaneciendo triunfante, y la virtud permanece triunfante cuando puede decir el justo á sus verdugos: matadme, si quereis; yo tomaré mi alma y me iré; no os veré ya mas, no oiré mas, no os volveré á encontrar sino en Dios para compadecerme de vosotros, perdonaros y amaros.

Tal es la fuerza que hay en la muerte, y cómo satisfacía á un mismo tiempo la justicia y el amor: la justicia, que la imponia como castigo; el amor, que la daba como medio de sacrificio de

(1) San Juan, cap. 3, vers. 3. — (2) Macabeos, lib. 1º cap 2, vers. 37.

liberacion y de heroica reintegracion en el bien. Pero no podia tomar este último carácter sino por un acto de concurso de la libertad humana. Fuera de este acto, no era mas que una necesidad fatal y de justicia impuesta por la voluntad de Dios. El hombre era quien debía prestarle su ayuda para transfigurarla, y para transfigurarse él mismo en su virtud. Él era quien debía hacer de la muerte cobardemente sufrida un sencillo y terrible suplicio; ó bien, aceptándola como una expiacion merecida, hacer de ella el trono del amor, de la gloria y de la resurreccion. Así, el elemento de la libertad traia su tributo á la ley de reparacion; morir, aun cuando no es uno dueño de un cuarto de hora de mas, morir era el acto de un hombre libre. No hay duda que la separacion material del alma y del cuerpo no tiene este carácter; y no digo esto respecto de esa separacion material, lo digo de la separacion moral del alma, que clama á Dios: « Consiento en ello, herid la víctima. » Los antiguos mismos no han ignorado que la muerte era susceptible de esta gran transfiguracion, y por esto en la ley de las doce tablas la fórmula suprema de la condenacion era esta: *Sacer esto, devotus esto; — ¡Que sea sagrado, que sea dedicado á los dioses!* El suplicio mismo, aun en la idea de la antigüedad, se convertia en sacrificio. El hombre condenado por sus crímenes oía en las expresiones de la ley la revelacion de su grandeza; sabia que era libre en honrar á Dios en la justicia, y honrarse á sí mismo en Dios por la aceptacion voluntaria de su muerte; podia en fin oír en el fondo de su conciencia la respuesta del amor eterno al pecado perdonado: ¡Hijo de Dios, subid al cielo!

Ya conoceis ahora la ley de reparacion, señores, en su esencia abstracta y general, como ley de justicia, de amor y de libertad. Réstanos considerarla en su aplicacion, es decir, en la manera con que plugo á Dios realizarla para la salvacion del genero humano.

El hombre, puesto en presencia de la muerte como castigo y como medio de reintegracion en el bien, podia aceptarla; y suponiendo que la hubiese aceptado, ¿hubiera bastado esta inmolacion voluntaria para dar á la justicia y al amor de Dios una plena satisfaccion? No lo creo así: morir como víctima voluntaria es el supremo esfuerzo del bien, de la virtud, del amor, y el hombre estaba desposeido de la virtud, del bien y del amor. No amaba ya á Dios; el pecado le habia desposeido de la fuente viva de los sentimientos sobrenaturales, y aun en un punto de vista inferior, la imágen de Dios se habia oscurecido en su corazon y en su entendimiento. La

carne se habia apoderado de él; vivia en la bajeza donde se han sumergido á nuestra vista tantos desgraciados que heredaron de él su decadencia y renegaron del beneficio de su regeneracion. Pedidles que mueran por Dios para borrar sus pecados, y ni aun os comprenderán. El orgullo oculta á sus miradas las llagas de su alma; y si tienen conocimiento de su miseria, la llevan como un peso natural á la humanidad de que la muerte es su término fatal y no su libre reparacion. El hombre no podia, pues, reintegrarse por sí mismo en el bien, con la condicion de humillarse y de volverse á levantar hasta morir; porque para que muriese voluntariamente en expiacion de su falta, hubiera sido necesario que recobrase en su corazon el amor de Dios, y para que recobrase este amor, era precisamente necesario que muriese. Esto era, segun el lenguaje de escuela, un círculo vicioso.

Pero no reparemos en esto: supongamos al hombre conociendo su crimen, resuelto á expiarlo y ofreciéndose á Dios como un holocausto ya inmolado por el ardor del arrepentimiento y del amor. Supongámosle muerto. Dios asiste de lo alto del cielo á este espectáculo; recibe la sangre del culpable, la pesa en su justicia y su caridad; ¿es esto bastante para la una, bastante para la otra? ¿Lo creéis así? Siendo Dios infinito en su esencia tiene necesidades infinitas; es decir que no puede bastar á la plenitud de su pensamiento, de su corazon y de su voluntad, nada que sea limitado, bajo cualquier materia. Dios no necesita nada fuera de sí; sin duda porque encuentra en sí mismo su beatitud, y es libre de aceptar de fuera lo que quiera, mas ó menos, nada ó mucho. Dios podia pues, suponiendo que hubiera muerto el hombre para entrar en gracia con él, no pedir nada mas, y ver en este sacrificio el término extremo del arrepentimiento y del sacrificio de un ser creado. Pero si no le obligaba necesidad alguna propiamente dicha á pedir mas alta reparacion, era libre tambien de querer una mas perfecta, y de no detenerse sino allí donde encontrase una manifestacion infinita de la justicia y del amor, capaz de saciar sus atributos y de hacerle decir: *Consummatum est; — No hay mas allá (1).* Y tal fué su resolucion. En lugar de detenerse ante la decadencia del hombre, y de confesarse vencido en cierto modo en su bondad, plugole sacar de esta bondad ultrajada una obra que sobrepujase á todo pensamiento del cielo y de la tierra, y que fuese para siempre su justifi-

(1) S. Juan, cap. 19, vers. 30.

cacion de haber criado al hombre, su prueba de haberle amado, su consuelo de no haber obtenido de todos el amor que tenia á todos, y en fin, un inagotable manantial de prodigiosas virtudes. De esta ley de reparacion, de que era el autor metafisico por la combinacion interior de sus atributos, resolvió ser su ejecutor real, la víctima y el héroe; pero de un modo que recayese su mérito sobre la humanidad, y que se salvara el hombre por un acto infinitamente superior á él sin que fuera extraño al mismo. Ahora bien, dos cosas eran necesarias para este designio: que Dios se crease la posibilidad de morir, y que estableciese entre él y el género humano la solidaridad; cosas ambas las mas distantes de la naturaleza divina, que es inmortal por una parte y que excluye por otra la idea de toda comunidad sustancial y moral con cualquier criatura, y por consiguiente de solidaridad. Pero el amor, cuando no conoce límites, no conoce nada absurdo é irrealizable. Un pensamiento salido del corazon, respondia en Dios á todas las dificultades que se forma nuestra impotencia: él no habia hecho al hombre sin conocerle, sin conocerse á sí mismo, sin saber si era imposible á lo increado unirse con lo creado, á lo eterno revestirse con lo mortal, á Dios hacerse hombre, á la justicia y al amor tener en una muerte divina la satisfaccion infinita de sus derechos contrarios. Comprendo que os admire esto, pero comprendo mejor que no haya admirado á Dios. Porque soy hombre, y en la naturaleza que Dios me ha hecho entra un poco de amor, amor débil y tímido, y no obstante, á causa de este poco amor, no he vivido sin desear morir por alguna cosa amada. Mi ser se ha conmovido á este pensamiento como de un ensueño de beatitud; y; querriais que Dios no hubiese sido capaz de amar hasta donde ama una criatura! ¡Querriais que no hubiese podido amar hasta morir, cuando el hombre puede hacerlo!

Por lo demás, sea lo que quiera lo que penseis, si ó no, hé aquí el hecho, un hecho que todo lo ha dominado y vencido. Un dia, mientras que los pueblos ofrecian sacrificios á los dioses, mientras el incienso y la palabra repetian á los ecos de la humanidad este nombre *inmortales* que se les habia dado como el mas augusto y el mas verdadero de sus nombres, en medio de esta unánime aclamacion del género humano, descendió súbitamente una voz bajo la cabaña del pobre y los frontones del Palatino, voz inaudita que traía al mundo esta asombrosa noticia: ¡Dios ha muerto! ¡Dios ha muerto! ¡ha muerto ayer, en tal lugar, por tales manos; se le ha

visto, se le ha oido, ha hablado, ha muerto! ¡No jureis ya por los dioses inmortales, no digais ya que Dios es el Dios vivo: esta era la mas alta expresion de la fe, ya no lo es hoy; porque Dios ha muerto! ¡Ha muerto! Tiene amigos que le sobreviven y que juran por esta muerte de su Dios. Todo se ha cambiado: nada tiene ya su forma ni su valor, nada dice ya lo que decia, nada es ya verdadero de lo que era verdadero. Dios ha muerto; hé aquí la verdad. Guarde silencio toda sabiduría, inclínese toda frente, arruínese todo templo, transfórmese toda política, estremézcase toda la tierra y junte las manos: ¡Dios ha muerto! Y como la causa era inaudita, el efecto fué igualmente inaudito. Se habian visto revoluciones de imperios, mudar de señores los tronos, y aquí era, en estos juegos de fortuna pasajera, donde habia brillado el genio de los mas grandes hombres. César en el Rubicon se habia detenido pensativo; con la mano en el pecho y los ojos mas allá de un arroyo se habia dicho á sí mismo: «Yo, César, hago una cosa que aún no ha hecho ningun romano; desobedezco al senado romano: de una república señora del mundo, hago un imperio pasando este arroyuelo; pasémosle.» Tal vez se habian visto revoluciones de la inteligencia; á algunos sabios inclinar el pensamiento de una generacion, y así como César habia pasado el Rubicon de la república, pasar estos el Rubicon de la verdad, y sustituir su reino de un dia al reino de otro dia; no sé si fué así; convengo en ello si quereis; creo en ese poder del hombre. Pero por esta palabra, Dios ha muerto, se hizo una revolucion que aun no habia hecho el hombre, y que no ha imitado despues, una revolucion en el corazon humano. El hombre no amaba á Dios, y amó á Dios; el hombre no amaba al hombre, y amó al hombre; fundóse el amor en la tierra, y lo que solo era en ella una pasion, se hizo en ella una virtud. Al culto de la belleza sensible sucedió el culto de la belleza eterna que está en Dios, y que descende de Dios invisiblemente á las almas. Hubo allí almas, un reino de almas, un servicio de almas, una vida y una muerte en favor de las almas. La muerte cambió de fisonomía por el amor, y estas dos cosas estrechamente abrazadas, hicieron del corazon del hombre, donde se operaba su union, un milagro que subsiste y que está delante de vosotros.

El Dios muerto hace salir despues de diez y ocho siglos apóstoles, mártires, vírgenes, servidores de su humanidad en la nuestra; y si preguntais á todos los poseidos de esta locura, de dónde les viene la idea y el valor de sus virtudes, os responderán con la sencil-